

Una significación tonta

Elisabete Thamer

Lo que me gustaría compartir con vosotros hoy, es algo muy sencillo, y que es una continuación de lo que había empezado a desarrollar en Barcelona. Yo había dicho, en esta ocasión, que “un psicoanálisis no puede todo”. Yo había dicho también, que el final de un análisis depende de cómo un sujeto responde a los límites del psicoanálisis, o sea, de cómo el sujeto es afectado por lo que el análisis no puede darle.

Afirmar que “un psicoanálisis no puede todo”, era entonces otra manera de decir que el psicoanálisis tiene límites, y que sus límites son intrínsecos al menos a dos de sus conceptos fundamentales: el inconsciente y la transferencia. Lacan define el inconsciente como “saber sin sujeto”¹, y la transferencia como “el amor que se dirige al saber”², esas dos definiciones programan la frustración del amor transferencial, pues el amor transferencial espera obtener un saber. Frustración o impotencia no son perspectivas muy alentadoras, ¿verdad? Pero ellas no son seguramente el único destino posible del análisis, pues el análisis puede operar un cambio en el sujeto. Un cambio precisamente en su relación al saber, ya que el saber es el pivot, el denominador común entre esas dos definiciones.

Esta definición del inconsciente a que acabo de referirme, y que se encuentra en el texto sobre el seminario “El acto analítico”, está en oposición a una idea anterior de Lacan, y que nosotros mismos utilizamos a menudo, que es la idea de “sujeto del inconsciente”. Esta noción, de “sujeto del inconsciente”, deja suponer al analizante, en todo caso fue lo que se pasó conmigo, la idea idílica que el sujeto podría, al finalizar, subyugar, reducir, o incluso hacer callar su inconsciente por medio del trabajo analítico del desciframiento.

¹ Lacan J., “Acto analítico”, en *Otros escritos*, *op. cit.*, p. 396

² Lacan J., “Introducción a la edición alemana del primer volumen de los Escritos”, en *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, p. 584.

Yo incluso diría que durante una parte considerable del proceso analítico, el analizante cree en la existencia de un “sujeto del inconsciente”, esté o no familiarizado con la teoría psicoanalítica. Esta noción implica que el analizante supone “un sujeto al saber inconsciente, es decir, al ciframiento”, dice Lacan en la “Introducción a la edición alemana de los *Escritos*”³. El cree non solamente que habría un sujeto bajo *bévués*⁴ los tropiezos de su inconsciente, y sobre todo, que él lograría un día, por medio del análisis, hacer parar el ciframiento gracias a la práctica del desciframiento. El análisis nos prueba que eso es una esperanza vana.

La hipótesis transferencial, “del amor que se dirige al saber”, es solidaria de esta espera del saber que sostiene el análisis y, sin embargo, no hay análisis sin que esta hipótesis funcione. Si hablo de esas nociones, es solamente para que perciban porque pienso que la relación del sujeto al saber es el eje del proceso analítico y porque pienso que solo un cambio radical de esta relación permite el final de un análisis.

Los saberes

Para comprender la modificación que el análisis debe operar en la relación del sujeto al saber, debemos preguntarnos previamente: *¿qué es el saber?* ¿En los “dos” saberes que forman parte de estas dos definiciones – del inconsciente y de la transferencia – ¿se trata del mismo saber?

Como lo ha dicho Lacan en el seminario “Aún”: “Fue necesario el análisis para que [la cuestión del saber] se suscitara de nuevo⁵. » El saber, bajo la pluma de Lacan, no es unívoco, el hizo incluso una subversión al hablar de “saber que no se sabe” (*savoir insu*), especialmente en este *Seminario* y los textos de este periodo. Yo diría que hay, para él, dos “tipos” de saber:

³ J. Lacan, “Introducción a la edición alemana de un primer volumen de los Escritos”, in *Otros escritos, op. cit.*, p. 584.

⁴ **Bévue** f. Equivocación (*erreur*) // Fam: Metedura de pata (*gaffe*)

⁵ J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XX, « Encore », Paris, Seuil, 1975, p. 88.

Primeramente, hay el saber articulado, que se puede formular en términos de lenguaje y que se escribe en la estructura misma de la cadena significante: S1 – S2. “Para para el ser que habla, el saber es lo que se articula”, dice Lacan en “Aún”⁶.

Segundo, hay el saber inconsciente, cito a Lacan en este mismo seminario: “El inconsciente es testimonio de un saber en tanto que en gran parte escapa al ser que habla. Este ser permite dar cuenta de hasta dónde llegan los efectos de la lengua por el hecho de que presenta toda suerte de afectos que permanecen enigmáticos. Estos afectos son el resultado de la presencia de la lengua en tanto que articula cosas de saber que van mucho más allá de lo que el ser que habla soporta de saber enunciado.”⁷

Podríamos quizás sostener que la búsqueda de saber anhelada por el analizante, es la búsqueda de un saber que se pueda al mismo tiempo enunciar y que tenga un efecto sobre la causa. Esta espera es probablemente generada por la estructura misma de la palabra articulada, pues la estructura de la palabra articulada crea una falta-de-saber. Parece que es un saber de este orden el que el analizante espera de su análisis, en todo caso, antes de que el momento de pase venga a zozobrarlo: él espera un saber librado por el desciframiento.

En « Televisión », Lacan responde a la pregunta - *¿Que puedo saber?*, diciendo “nada que no tenga la estructura del lenguaje⁸”. Este saber que se puede enunciar, que se espera y es en parte adquirido en el análisis, comporta también una expectativa causal en el sentido clásico, o sea, la esperanza de que sabiendo, de que conociendo la causa, los efectos (síntomas) van a desaparecer. Dulce ilusión!

Porque es una ilusión? Porque la experiencia analítica nos muestra que eso solo funciona en parte. Ni el deseo, ni el objeto-causa pueden ser articulados, por ejemplo. Sin embargo, el desciframiento aporta una cierta adquisición de sentido, lo que puede liberar el sujeto de una buena parte de lo que le molesta

⁶ J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XX, « Encore », Paris, Seuil, 1975, p. 125.

⁷ J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XX, « Encore », Paris, Seuil, 1975, p. 127.

⁸ J. Lacan, « Televisión », en *Otros escritos*, trad. Graciela Esparenza et al., Buenos Aires, Paidós, 2016, p. 561 y 562.

sintomáticamente, incluso puede provocar que algunos cesen. Algunos, pero no todos. Estos son los efectos terapéuticos del enderezamiento de la palabra. “A causa de lo que le ocurre al dicho como consecuencia” dice Lacan en el seminario “Aun”⁹. Los efectos terapéuticos son de doble filo para el análisis, pues ellos pueden mantener en el analizante la esperanza de obtener un efecto terapéutico radical y definitivo. Los efectos terapéuticos pueden impedir que el análisis llegue a hacer ex-sistir un decir a los dichos¹⁰.

La experiencia analítica nos muestra entonces que la practica del desciframiento, también la más avanzada, no logrará a acabar con el inconsciente, con el saber de la lengua que lo constituye. El continuara a manifestarse *ad vitam aeternam*. Como lo dijo Lacan en “Aun”: “Pues la fundación de un saber es que el goce de su ejercicio es el mismo que el de su adquisición¹¹.”

Ahora, si un análisis puede tener un final, su término no puede entonces venir del inconsciente ni de su desciframiento. Y eso, por causa de su propia naturaleza. Lacan ha insistido mucho sobre este punto: el inconsciente “no piensa, no calcula, no juzga”¹², es *der Arbeiter*, un trabajador ideal, pues nunca está de huelga. Estamos entonces obligados a admitir que, si no se puede alcanzar el final de un análisis del lado del inconsciente, queda a obtenerlo del lado del sujeto.

Lacan nos ha dado un cierto número de orientaciones, que nos permiten afirmar que esta “decisión” del sujeto no puede ser una señal de extenuación o de resignación, al contrario, es una solución marcada por una satisfacción.

¿La cuestión es entonces, qué puede cambiar un análisis en el sujeto para que su relación con su propio inconsciente sea modificada?

En el análisis, tenemos, de un lado, el inconsciente-*Arbeiter*, que cifra sin parar. Del otro, tenemos un sujeto que se dedica al desciframiento, y que se torna incluso

⁹ J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XX, « Encore », *op. cit.*, p. 25.

¹⁰ Cf. *idem*.

¹¹ *Ibid.*, p. 89.

¹² Laca, J., “Televisión”, en *Otros escritos*, *op. cit.*, p. 544

un militante de las interpretaciones, es el *gay sçavoir* del que hablaba Lacan. Además, la experiencia analítica nos muestra que ella solamente puede escribir el Uno, el Uno solo, imposible de totalizar o de “negativizar”. En cuanto al sentido, sabemos que desciframos un trozo, otro aparece, cuando atrapamos una fracción de sentido, otro sentido surge... Eso podría producir un análisis infinito y e insatisfactorio, algo que la expresión freudiana de “roca de la castración” **exprime** expresa muy bien.

¿Que puede, entonces, parar esta carrera? ¿Y pararla no por agotamiento o resignación, pero generando en el sujeto satisfacción?

Atravesamiento del fantasma

Sabemos que Lacan ha avanzado progresivamente diferentes elaboraciones sobre el final de análisis y de los criterios que lo orientan: hay varios, la caída de las identificaciones, el atravesamiento del fantasma, hasta la identificación al síntoma, que es solidaria con sus elaboraciones sobre el inconsciente real. Él también ha hablado de los afectos que marcan el final, evocando primeramente el entusiasmo, en la “Nota a los italianos”, y por último la satisfacción, en el “Prefacio a la edición inglesa del ‘Seminario XI’”.

Cada una de estas elaboraciones no revoca las anteriores, pero las completa. Eso me parece muy importante, aunque observamos a veces, es quizás inevitable, que las comunidades analíticas pueden elegir una de esas elaboraciones para establecer una especie de *ortbe doxa*, que va a formatear sus expectativas con relación al pase. De vez en cuando, un concepto se torna agalmático y es colocado en primero **o** plan, lo que, desde mi punto de vista, puede impedir que nos dejemos enseñar con la singularidad de cada análisis.

Esta es precisamente la razón que me hizo decidir hablarles, hoy, de un tema que no me parece está de moda, en nuestra comunidad, en comparación con las últimas elaboraciones de Lacan sobre el fin de análisis: “el atravesamiento del fantasma”.

Tengo ganas de hacerlo porque se habla mucho del inconsciente real, de la identificación al síntoma, pero yo pienso que ninguna de estas elaboraciones, incluso la de la identificación al síntoma, puede dejar de lado ese pasaje, dónde la seguridad que el sujeto obtenía de su fantasma es zozobrada¹³. Podéis encontrar esta referencia en la “Proposición”, que celebrará en octubre sus 50 años.

¿Porqué el llamado “atravesamiento del fantasma” es inevitable para terminar un análisis? Por el hecho de que es él el que va a desactivar, a dismantelar la base de los síntomas-verdad, estos síntomas que a lo largo de la vida han ligado un sujeto a un gran Otro hipotético. El dismantelamiento de esta “ficción” podrá dejar espacio para que el sujeto perciba, eventualmente, la dimensión real de su inconsciente. Volveré a este punto.

En su “Discurso de clausura de las Jornadas sobre la psicosis” de 22 octubre de 1967, o sea, que menos de dos semanas después de la difusión de la “Proposición”, Lacan dice que “el valor del psicoanálisis es el de operar sobre el fantasma¹⁴.” Notareis que hablar de “valor del psicoanálisis” es una apreciación, una estimación sobre el poder del análisis, de su mérito. Me parece que no hay análisis terminado sin que el goce obtenido con el fantasma haya sido tocado, pues es solamente perdiendo toda significación que el fantasma llega al real¹⁵.

Ustedes ya se habrán dado cuenta que empiezo a desarrollar ahora un aspecto que parece en oposición a lo que afirmaba al inicio, donde había subrayado el hecho de que el psicoanálisis no puede todo. Ahora estoy hablando de algo que sí puede!

A pesar de la insuficiencia del desciframiento y de la fuga de sentido, hay un sentido que el análisis escribe, él lo escribe porque este sentido insiste, y es precisamente el sentido del fantasma. Es el único sentido que vuelve siempre a lo largo del análisis, en el texto del analizante, en sus síntomas, en sus quejas, en su

¹³ J. Lacan, « Proposition du 9 octobre 1967 sur le psychanalyste de l'École », dans *Autres écrits*, *op. cit.*, p. 254.

¹⁴ J. Lacan, « Discours de clôture des Journées sur la psychose » (21 et 22 octobre 1967), dans *Recherches*, décembre 1968, p. 148.

¹⁵ J. Lacan, « El atolondradicho », in *Otros escritos*, *op. cit.*, p. 512.

léxico, en algunos de sus significantes y escenas gozadas. El fantasma es “algo que resiste, que no es maleable en todos los sentidos¹⁶.”

En “Subversión del sujeto...”, Lacan utilizó, a propósito del fantasma, la expresión “significación absoluta”. Lo cito: “No son significantes trascendentes; son los índices de una significación absoluta, noción que, sin otro comentario, aparecerá, así lo esperamos, adecuada a la condición del fantasma¹⁷.”

Me parece que lo que Lacan quiere decir con eso, es que la significación del fantasma, contrariamente a la noción misma de “significación”, no es relativa, ella es reiterada, indicando entonces una constancia. Es una significación que se podría llamar “fundamental”, porque ella determina la relación del sujeto neurótico con los otros y con el mundo.

Atravesar el fantasma no es deshacerse de él de una vez por todas, es darse cuenta de la dimensión ficcional, tramada y contingente de esa construcción, que ha sido montada pieza por pieza por el propio sujeto, y que antes de este momento era imputada a un Otro que no existe.

Algo de mi experiencia

En mi experiencia de análisis, he encontrado en un sueño la estructura del fantasma. Pero lo que ha sido sorprendente en este sueño ha sido no tanto su contenido - sobre el goce que me había acompañado toda mi vida - sino lo que introducía y lo que encerraba la escena fantasmática en este sueño.

Yo había encontrado algunas líneas escritas de un precedente análisis sobre mi caso, como un resumen. El título de estas notas era: **“betesêmani”** y estaba subrayado, escrito en negrilla. Bueno, *betesêmani* es una palabra que no existe. Para los cristianos, es evidente que la primera asociación que hacemos, es la del

¹⁶ J. Lacan, *Le Séminaire*, Livre XVIII, « D'un discours qui ne serait pas du semblant », p. 28.

¹⁷ J. Lacan, “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo”, in *Escritos 2*, trad. Tomás Segovia y Armando Suárez, Madrid, Siglo Veintiuno, 2013, p. 776.

jardín de Getsemaní, donde el Cristo se había retirado para rezar antes de ser preso. Los evangelios dicen que él había sentido ahí muchísima “tristeza y angustia” frente a lo que tenía que pasar. A pesar de mi formación religiosa pasada (y pesada) y la pertinencia de este sentido, que no me era extraño, no era eso lo que me había llamado la atención.

La palabra “betesêmani” me hizo reír cuando me desperté, y eso por dos motivos: el primero, porque su significado era claro para mí - “bete”, que en francés quiere decir “tonto”, es también la parte final de mi nombre - Elisabete, que se escribió así por un capricho de la dictadura que había conquistado el poder en mi país de origen en el año de mi nacimiento. Todos los amigos, las personas próximas en Brasil me llaman “Bete”, que en portugués no quiere decir nada. *Sêmani*, era para mí evidente que venía del verbo griego “*semainein*”, que quiere decir “significar”, y que era un término que trabajaba mucho en aquel momento para mi tesis de filosofía. *Betesêmani* quería decir entonces para mí una “significación tonta”, título que anunciaba el resumen de mi caso, condensado en la escena del fantasma.

En el final del sueño, lo que yo intentaba decir al personaje que encarnaba al Otro, no se me ocurría, no encontraba las palabras que quería decir. Solo me venían otras, que resumían la posición de goce que había sostenido toda mi vida. Ante estas palabras que decía sin querer decirlas, me decía a mi misma: ¡“no es eso”! Y me despierto.

De este sueño, no había nada más que extraer: no carecía de interpretaciones y de asociaciones. Era el resumen de mi vida, que se me revelaba como una “significación tonta”, cuya respuesta de goce - que explicaba no solamente una gran parte de mis síntomas, sino también de mis valores, de mis gustos-, todo eso se me apareció como un gran equivoco: ¡no es eso!

Fue así que, en mi análisis, el fantasma se mostró ser nada más que una *fixión*, una tontería que yo misma me había inventado, incluso el gran Otro al cual imputaba mi destino.

¿Qué es lo que cambia desde allí?

Una vez que el sujeto reconoce el fantasma como una estructura de “*fixión*”, una ficción que es suya – de la cual es él el autor - eso tiene un efecto de separación. Tiene un efecto de separación no solamente porque se muestra al sujeto la inconsistencia del Otro, sino sobre todo porque él “lo realiza”. Eso modifica de modo sensible y definitivo sus relaciones con los otros, con su pareja sexual, con el saber. Eso cambia necesariamente la utilización de su libido, pues las restricciones imaginarias y simbólicas son espectacularmente más ablandadas.

El atravesamiento del fantasma permite una reorganización “del metabolismo de los goces”: él permite concluir que hay un goce opaco, ligado a lo que el análisis no puede eliminar. El goce ligado al fantasma, este sí, este pierde su fuerza y su consistencia, quedando solamente la pulsión, quizá un estilo y gustos que no son extraños a lo que fueran un día los surcos por dónde el sujeto trató de acoplar su deseo al gran Otro que no existe. Pero en cuanto el sujeto toma esa ficción como real, no se puede decir que hay atravesamiento.

Hacia el real del inconsciente: el luto/duelo del saber articulado

Ese momento del atravesamiento del fantasma es, sin embargo, una etapa fundamental del final de análisis, ¿pero es suficiente? ¿Es el índice de que la relación del sujeto al saber a sido modificada? Me parece que el desmantelamiento del fantasma es un pasaje necesario, pero no suficiente para el cambio de la relación del sujeto al saber.

Yo diría, muy sencillamente por el momento, que este pasaje no es suficiente, pues el saber ligado al fantasma es un saber que se puede enunciar, *fixional* pero que se puede enunciar, pues podemos testimoniar de esta “verdad mentirosa”. Pero el inconsciente no cesará de cifrar el goce. Podemos preguntarnos entonces: el atravesamiento del fantasma desliga el sujeto del goce que este obtiene del desciframiento, o sea, ¿de su inconsciente? Dicho de otra manera: se puede quedar

enamorado de su inconsciente y de sus formaciones a pesar del atravesamiento del fantasma?

Estoy inclinada a pensar que el análisis puede llevar al analizante todavía más lejos, a hacer un pasito más, un paso que lo va a desaficionar de su afición al desciframiento, y es claro que eso no puede venir de su propio inconsciente. Ninguna interpretación puede modificar *el* inconsciente, pero eventualmente sí puede modificar la *joui-sens* que enchufa el sujeto a su inconsciente. No existen sueños o lapsus providenciales que vendrán a determinar el final, regalando al sujeto un material excepcional que le permitirá concluir. Eso es un sueño de analizantes, quizás de analistas. El análisis no modifica el inconsciente, pero seguramente sí al sujeto; el análisis puede modificar el modo con lo cual el sujeto lee las formaciones de su inconsciente, llegando incluso a desconectarle de eso.

Cuando Lacan escribió “el espacio de un lapsus, ya no tiene ningún alcance de sentido (o interpretación), solo entonces uno está seguro de estar en el inconsciente. Uno lo sabe, uno mismo¹⁸.” Debemos preguntarnos: ¿para quien, un lapsus no tendría más alcance de sentido, sino para el sujeto? Es el sujeto quien no imputa más sentido a su lapsus y no al revés. Es el sujeto quien, no buscando más representarse junto a los significantes de su lapsus, no lo lee más. Él puede, entonces, relegar al real fuera de sentido (*bors sens*). Yo situaría allí la finalización del duelo/luto del hueco en el saber. El sujeto sabe entonces que sabe lo bastante para concluir.

No hay más alcance de sentido, no hay más pasión de desciframiento. Se reorganiza el “metabolismo de los goces” (expresión de Colette Soler). Todo eso permite al sujeto concluir que hay un goce opaco que el análisis no podrá eliminar. Eso puede parecer paradójico, mas el analizado sabe al menos que este inconsciente, para siempre fuera de alcance, es el suyo, porque el saber inconsciente, que le excede, afecta su cuerpo, cuerpo que no es el sujeto.

¹⁸ J. Lacan, “Prefacio a la edición inglesa del ‘Seminario XI’”, en *Otros escritos, op. cit.*, p. 599.

La satisfacción que marca el final del análisis es una señal de que algo en el sujeto ha cambiado. Un afecto, por el hecho de tocar el cuerpo, señala algo allí donde falta el significante, atestando así que la relación del sujeto con un cierto real ha sido modificada, por lo menos ese que, apareciendo desde entonces como imposible, descarga el sujeto de sus impotencias. Mas este punto va más allá de lo que se puede testimoniar como saber articulado, no es como la “verdad mentirosa” del fantasma, que no es nada más y nada menos que una significación tonta.

“Por primera vez en la historia”, dice Lacan en ‘Los no engañados yerran’, “es posible para ustedes errar, o sea, recusar amar su inconsciente, dado que, en fin, ustedes saben lo que es: un saber. Un saber que es un fastidio (*emmerdant*).¹⁹”

¹⁹ J. Lacan, *Le Séminaire XXI*, « Les non-dupes errent », leçon du 11 juin 1974, inédit (p. 235 éd. ALI).